

## LA CIUDAD Y EL HABITAR<sup>1</sup>

### La Jiménez con Séptima, de Bogotá. Una mirada desde el texto literario

Mario Perilla Perilla\*

#### Resumen

El objetivo de esta reflexión es dar cuenta de la relación entre el habitar y la ciudad, en este caso en un cruce significativo, la Avenida Jiménez con Carrera Séptima de Bogotá, a partir de las experiencias del cuerpo y la construcción del sentido del lugar. La calle cobra vida propia y se convierte en texto arqueológico donde se van superponiendo capas de memoria, las cuales salen a flote en un análisis histórico desde su génesis hasta el momento actual. El acercamiento desde la literatura, en los géneros de crónica y novela, constituye una manera de abordar el subjetivo mundo de la experiencia humana en la calle del centro de ciudad expresado en textos que se funden con el macrotexto analizado, la ciudad misma, en cuatro momentos significativos a saber, la Colonia, la República, la Modernidad y la Contemporaneidad.

**Palabras clave:** Habitar, Lugar, Memoria, Corporeidad.

\* Docente Asociado de planta tiempo completo Arquitecto. Universidad Nacional de Colombia. 1983. Especialista en Edumática. Universidad Autónoma de Colombia. 2000. Magíster en Hábitat. Universidad Nacional de Colombia. 2007. Diseño urbano y arquitectónico. Investigación en Hábitat-Habitar, Patrimonio y ciudad. Administración educativa. Docente planta Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca (UCMC) Jefe de Campo. (UCMC) Investigador. Miembro del grupo Construcción y Gestión en Arquitectura, adscrito a la Oficina de Investigaciones de UCMC y catalogado en categoría B en Colciencias y del grupo Patrimonio Construido: Texto y Contexto. Representante de docentes a Consejo de Facultad. Representante de docentes a Comité de Investigaciones de Facultad. Docente cátedra. Universidad Católica de Colombia. E-mail: mario2p3000@gmail.com

Recepción: 3 de junio de 2011  
Aceptación: 15 de junio de 2011

<sup>1</sup> Artículo de reflexión

## THE CITY AND THE LIVING

### Abstract

The aim of this study is to account for the relationship between the living and the city, in this case a significant cruise, Avenida Jimenez with Septima street of Bogota, from the experiences of the body and building the sense of place. The street comes alive and becomes a text which is superimposed archaeological layers of memory which come to float in a historical analysis from its genesis to the present. The approach from the literature in the genres of chronic and novel, is a way to address the subjective world of human experience on the streets of the city center expressed in texts that blend into the macro text analyzed, the city itself, in four significant moments namely the Colony, the Republic, Modernity and the Contemporary.

**Keywords:** Dwelling, Place, Memory, Corporeality.

### INTRODUCCIÓN

Estas páginas presentan un enfoque desde la relación entre el ser humano y el entorno manifestada en la cotidianidad y el habitar como la expresión de la vida que otorga significado al lugar. Como punto central en torno a la conceptualización del habitar se toma la propuesta de Michel de Certeau (1999) para quien el habitar es la práctica cotidiana que se evidencia en el espacio público, la calle, donde los comportamientos, las señales y las actitudes, tales como la indumentaria, los gestos o los lenguajes son signos de representación en la escena de lo público. Es así, como desde una arista de la sociología, la corporeidad constituye la manera en que el ser dialoga, interactúa o se contrapone con el otro. El cuerpo, a través de los órganos de los sentidos siente la ciudad en sensaciones precisas y particulares. Olores, sonidos e imágenes conforman la red que de la ciudad emana y envuelven al habitante quien registra ese tejido en su deambular cotidiano por los lugares reconocidos o extraños y sorprendidos. Es así como el ser humano "hace que el mundo sea la medida de su experiencia" (Le Breton, 2002: 8), desde su corporeidad.

Por otro lado, los sentidos se convierten en ámbitos para percibir el mundo y experimentar la tangencia "entre el medio y yo" (Serres, 2004: 31), donde el cuerpo y el lugar que habita se mezclan sin separaciones y la piel es el medio que permite la adhesión. Desde la corporeidad, se conceptualiza el espacio público como el lugar por excelencia de la exposición frente a los demás, donde se parte del reconocer y ser reconocido por los otros, así como por el establecimiento de sistemas de cohesión, adhesión, comunicación, exclusión o inclusión y en una arista de la sociología, la alteridad se constituye en el puente para las situaciones proxémicas en ámbitos de la sociabilidad (Le Breton, 2002). Es de esta manera, como la gestualidad se presenta como un hecho cultural y social por cuanto la comunicación necesita de la representación del cuerpo hacia los otros y la escena social se desenvuelve cual obra teatral, con roles, rituales y convenciones entendidas colectivamente en círculos amplios o con reservas a determinadas tribus cerradas y con códigos propios.

El lugar de estudio, el cruce de la Jiménez con Séptima de Bogotá, desde su enclave como punto de cruce de flujos y, por su alta carga histórica constituye un referente importante en la vida del centro de la ciudad. Desde su carácter primigenio, que lo ubica como lugar importante desde antes de la configuración del centro institucional

de la naciente ciudad colonial, es un lugar que conlleva altos grados de significación por ser texto de memoria histórica que evidencia las huellas de las diferentes intervenciones que lo han transformado desde la fundación de la ciudad. En esa relación del cruce con el centro y con la ciudad, se evidencia un alto grado de significación para los habitantes. Por otra parte, los centros de las ciudades, con sus monumentos, los espacios de encuentro y las actividades tanto prácticas como sensibles apoyan el imaginario de sus habitantes y constituyen el lugar privilegiado de la ciudad por la alta carga significativa de sus calles, sus esquinas, sus monumentos, sus códigos y sus signos.

(Lefebvre, 1972: 155). Asimismo, dada su heterogeneidad el centro se constituye en lugar para la experiencialidad en torno a la ensoñación entendida esta como “la manera que la gente puede tejer velos de fantasía en medio de la multitud”, como manifiesta Marshall Berman (1988: 11). Por otro lado, el carácter comercial del centro, que lo ha convertido en una gran vitrina, además de espacio escenográfico, se magnifica en la modernidad con la carga experiencial que significa navegar entre objetos, automóviles, vitrinas, escaparates, luces, música, y miles de imágenes, símbolos y personas. De esta manera, a las marcas territoriales generadas en el pasado y que aún perviven, se suman las imaginerías publicitarias, soportes del consumo, el cual configura buena parte de las experiencias cotidianas del habitar en la ciudad hoy. García Canclini (1995: 101) da cuenta de este cosmos en su reflexión sobre los centros de ciudad latinoamericanos: “son lugares efervescentes de imágenes discontinuas, con mezclas de música y relatos diversos diáfanos sobre el fondo denso externo”.

En este texto se toma la literatura como el pretexto para delinear la presencia de las experiencias subjetivas del habitar en el centro de la ciudad desde el cuerpo y su perceptibilidad. Así, se considera la idea de Edgar Morin (2001: 95) quien rescata esta manifestación como medio para atender la complejidad de la experiencia humana: ...mientras la ciencia ignoraba lo individual, lo singular, lo concreto, lo histórico, la literatura, y especialmente la novela, restituyeron y mostraron la complejidad humana oculta bajo apariencias simples. Mostraba individuos, sujetos de deseos, pasiones, sueños, locuras, que mantenían relaciones amorosas, de rivalidad, de odio, inmersos en su medio social o profesional, que sufrían hechos y eventualidades, que vivían un destino incierto.

Con esta reflexión, el individuo no solamente se presenta desde la subjetividad, sino como copartícipe de la escena social, donde la percepción del entorno y la corporeidad se manifiestan literariamente como metáfora y como espejo de la realidad. De esta manera, la literatura, desde la crónica y el género de la novela urbana se preocupa por mostrar una visión de la vida de y en el centro de la ciudad, donde las fragmentaciones, los desplazamientos, el existencialismo y la cotidianidad constituyen ámbitos de la relación del individuo con el entorno en la construcción de significados de lugar (Giraldo, 2001).

### DE TERRITORIO DE MIEDO A LA CALLE COMO UNIVERSO

La ciudad de la Colonia se esboza inicialmente como idea y símbolo en los planos dibujados, y luego como lenta consolidación en el mundo físico, aprovechando los trazados comunicacionales y los lugares de asentamiento aborígenes. El cruce de estudio según algunos historiadores ya formaba parte importante del territorio chibcha<sup>2</sup>. Por otra parte este punto fue un importante cruce de la red de caminos aborígenes ya que allí se cruzaba el camino de la sal, hacia el norte con el camino a Fontibón hacia occidente y se vadeaba el río Viracachá, que en lengua muisca significaba Resplandor a la luz de la luna. Las huellas primigenias del lugar en la literatura, al igual que de la ciudad misma se encuentran en las primeras narraciones o crónicas, siendo de obligada referencia *El Carnero*, de Rodríguez Freyle, cuya misma denominación está emparentada con la toponimia del sitio<sup>3</sup>. En esta obra se encuentran dos referencias directas al entorno ambas relacionadas con sucesos de crónica roja, lo que otorga al lugar un sitio en los territorios del miedo en el imaginario popular de la época. La primera, cuenta los sucesos en torno a un lance de traición y asesinato por parte de un oidor de la Real Audiencia contra don Juan de los Ríos, por celos, el cual termina en asesinato y descuartizamiento. Los trozos del cuerpo fueron arrojados al cauce del río sobre el puente de San Francisco. Un aparte de la narración dice:

...El concierto fue que el doctor Mesa acuartelase a la vuelta de la cerca del convento

<sup>2</sup> Vargas (1990). Este historiador asegura que allí estuvo asentado un importante caserío indígena y en lo que hoy es el parque Santander se desarrollaba el mercado indígena, lo que fue aprovechado por los recién llegados españoles para allí mismo llevar a cabo tempranamente las actividades sociales por excelencia de los poblados fundados, es decir, la misa y el mercado. Por su parte, Martínez (1976) comenta cómo en lo que hoy es el parque Santander se configuró el primer espacio social importante del naciente poblado de Santafé, la Plaza de las Yervas, denominada así por ser el primer mercado público. Igualmente, según este autor allí se dio la primera fundación de la ciudad y se levantó la primera iglesia, El Humilladero, que tomó su nombre del patronimio genérico dado a las capillas o cruces localizadas en las entradas a los pueblos.

<sup>3</sup> De la Rosa (1938: 229). Este cronista comenta cómo el nombre de la obra se debe posiblemente a la denominación que se dio al hoyo grande ubicado en el adyacente convento de San Francisco, en la orilla norte del río y que se usaba para enterrar a los muertos que no iban al panteón regular.

de San Francisco, donde se hacía un pozo hondo en aquellos tiempos, que hoy cae dentro de la cerca de dicho convento y que el Andrés de Escobedo llevase allí al Juan de los Ríos, donde le matarían (Freyle, 1997: 106).

El otro hecho narra el robo por parte de un indio de las alhajas de la imagen de la Virgen en una iglesia del poblado y su posterior deambular por la ribera del río en la noche, con una intención de otorgar carácter sobrenatural al hecho, ya que se pone énfasis en cómo el indígena no logró hallar su casa a pesar de haber pasado dos veces frente a ella, y arrepentido de su acción decide regresar al templo de donde tomó las prendas y devolverlas. La narración es la siguiente:

*El sacristán Clavijo tenía la costumbre de cerrar, en siendo hora, la puerta principal de la iglesia, y luego subía al campanario a tocar la oración del Ave María, lo cual hecho cerraba su sacristía, y por la segunda puerta, que tenía postigo, se iba a cenar a casa de su hermano Diego Clavijo, a donde se detenía hasta las nueve o diez horas de la noche.*

*El ladrón le tenía muy bien contados los pasos. Entróse en la iglesia como que iba a hacer oración, aguardó a que subiese al campanario, y al punto se metió debajo de la tumba que estaba en la iglesia. El sacristán cerró sus puertas y fuese a cenar; el ladrón salió de la tumba, fuese al altar mayor, quitóle a la imagen de Nuestra Señora la corona y una madeja de perlas que tenía al cuello, descolgó la lámpara de la Virgen, que era grande, y apagó la del Santísimo; lo cual hecho aguardó al sacristán; el cual habiendo venido, como entró a la iglesia y vio la lámpara apagada, tomó un cabo de vela y salió a buscar lumbre por aquellas tiendas, dejando el postigo abierto.*

*A este tiempo salió el ladrón con el hurto encaminándose a su casa, que estaba a tres cuadras de la iglesia, en las casas de María de Ávila, encomendera de Siquima y Tocarema, a donde el clérigo su amo era doctrinero. Pues de ninguna manera el ladrón pudo acertar con la puerta de su casa; pasó hasta el río de San Francisco, a donde lavó la lámpara; fue a la puente, y de ella a la calle real hasta la iglesia, y de ella fue otra vez hacia su casa, y tampoco pudo topar con la puerta. Volvió al río y a la puente, y viniendo por la calle real ya cerca de la iglesia comenzaron a cantar los pajaritos. Entonces allegó a la puerta de la iglesia por donde había salido, y soltó la lámpara, corona y madeja, y fuese a su casa, y entonces topó con la puerta de ella, donde se entró (Freyle, 1997: 152, 153).*

Estas dos referencias, que si bien se vinculan al lugar, no entran en detalles sobre la geografía ni la caracterización del entorno y, vale la pena al respecto tener en cuenta la reflexión que hace Jacques Aprile (1991) en sentido genérico sobre la contraposición plaza-río, en las recién fundadas poblaciones, donde la primera es el lugar de la

fundación y, por ende, de lo legítimo y el río es simplemente un accidente geográfico que marca y delimita el territorio. Así, el río se muestra como el lugar de lo oscuro, de reunión de la plebe, emplazamiento maldito o diabólico, que escapa del control. Dice el autor al respecto:

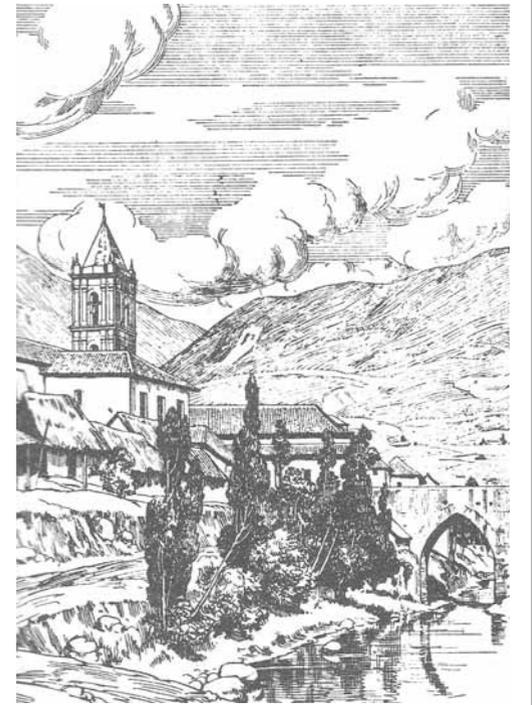
*La plaza es el sitio de carácter ideológico y esencia política. Lugar de privilegio. Lugar excepcional y sacralizado como tal. Sede del prestigio, de la autoridad, de la justicia, recinto de los rituales sagrados y de la solemnidad. Por el contrario el río es sitio despreciable y algo sospechoso, pues allí se reúne la chusma, la plebe, es escenario del trabajo donde laboran aguaderos y lavanderas, muleros, leñadores, esclavos, mulatos e indios... Allí hay cuerpos desnudos e inmoralidad, libertad, risas, irrespeto a las convenciones: alegría y placer... (Aprile, 1991: 196).*

La experiencia perceptual del lugar es imprecisa en las narraciones literarias aunque, se deduce que, el cruce del puente sobre el río evidenciará una lenta transformación de lugar descampado y rural, hacia la constitución de un enclave marcado por los contrastes, con una gran vida urbana y social en sus entornos, dinamizada por la cercanía de la Plaza de las Yervas o de San Francisco, las iglesias de sus entornos, el puente de San Francisco y la prolongación de la Calle Real desde el marco de la plaza mayor hacia el norte.

## OJOS DE VIAJERO

La ciudad colonial tendrá pocos cambios significativos hasta mediados del siglo XIX, por lo menos en su fisonomía y costumbres. La conventual y bucólica ciudad, con su vida apacible y un tanto aletargada empezó a moverse con la lenta pero firme irrupción de las nuevas clases emergentes, generalmente llegada de provincia, antiguos hacendados, ahora destacados comerciantes, así como por el libre acceso de indígenas y mestizos, lo que caracterizó la potencialidad de atracción, de la ciudad a fines de la Colonia, desde la segunda mitad del siglo XVII, así como su diversidad cultural y étnica.

Por otra parte, el cruce anallizado verá crecer su carácter como nodo de comunicación, ya que sobre la geografía religiosa se impondrán mapas de los recorridos de transporte masivo, con la implementación del tranvía. La vinculación con la expandida ciudad tanto al norte como al occidente será un imperativo y, la Calle Real del Comercio no trascenderá solamente en el centro, sino que aumentará su potencial



Vista del convento, iglesia y puente de San Francisco, en la orilla norte del río del mismo nombre. Fundación Misión Colombia. 1998. *Historia de Bogotá*. Tomo II. Bogotá: Villegas Editores. p. 37.



Hotel Granada e iglesia de San Francisco. En primer plano el parque Santander. Postal popular.

por constituirse en importante eje de transporte, el cual se relacionará también con la vía hacia occidente, la naciente Avenida Jiménez, primero denominada Paseo Colón, al estilo de los bulevares parisienses, y relacionaba el sector central tradicional, desde la Calle Real del Comercio, con los alrededores de la Estación de la Sabana.

Respecto al centro como territorio importante en la ciudad latinoamericana del siglo XIX, como bien lo describe José Luis Romero (1976) en su obra las ciudades y las ideas, será a la par que núcleo arquitectónico y urbanístico, centro social y centro del país y del mundo, al integrar allí los poderes ya consolidados, con los nuevos que llegan desde el comercio y las finanzas. Las élites, que se asentaron en el marco de la plaza en la Colonia, ahora extenderán sus dominios a lo que en los nacientes años republicanos se denominaría el centro, y con la simbiosis de las nuevas clases burguesas, dominarán la vida comercial del lugar. De esta manera, en Bogotá, con el movimiento mercantil y financiero de las nuevas clases, el sector de la Catedral verá una

irrupción de nuevos usos con aparición de bancos, agencias de negocios y hoteles, entre otros, que se superponen al lado de los ya consagrados por las costumbres, religiosos o de ocio, lo que le dará entrada a la moderna y diversificada ciudad.

Las acciones que modificarán físicamente el territorio se relacionan con el cambio de ideales que caracterizará buena parte del siglo XIX. Quienes conforman las castas dominantes ven a Europa como metrópoli que promete un estilo de vida acorde con sus nuevas posiciones. Es de notar que, el siglo XIX se va a caracterizar por la necesidad de búsqueda de identidad en la naciente República y, en consonancia un "determinado sistema de expresiones urbanas y arquitectónicas que correspondieran a sus ideales políticos y sociales, y de ahí surge la época republicana en las formas construidas" (Téllez, 1979: 470). Teniendo en cuenta que en el contexto mundial rondaba el romanticismo en plena vigencia, con preponderancia del énfasis de la razón y las sensaciones, se generan en el país sentimientos nacionalistas unidos en torno a la creación de nación, así como de un orden jurídico y democrático. En materia de arquitectura el orden neoclásico se impone como una arquitectura con un repertorio de principios que se manifiestan en el estilo y espíritu de la época. Este, que en Europa nace con las pretensiones de subrayar poderes imperiales y, por ende, lejos del significado que las origina, es asumido en Colombia como una manera de actualización y progreso<sup>4</sup>. Es así como se aplica un neoclasicismo de consumo con la puesta en escena del repertorio lingüístico de un estilo que no se ve más allá del gusto.

Las referencias literarias al lugar en esta época se evidencian en las narraciones de viajeros que explicitan percepciones contrastantes. El viajero norteamericano William Duane presenta su experiencia sobre el lugar, al llegar a la ciudad en 1822:

<sup>4</sup> Al respecto ver: Arango (108). Pérgolis (1986: 56). Téllez (1979: 470).

*...Entramos en un área despejada pero de configuración irregular, muy bien empedrada, de la que parten diversas calles, y en donde un atractivo puente de piedra anuncia ya la proximidad de una ciudad importante. El puente cruza por encima de una quebrada, aquí llamada río –el río San Francisco–, pero que entonces no pasaba de ser un barranco profundo de ingrata apariencia, por cuyo fondo corría un agua muy somera y diseminada, que tiene su fuente en el abra de la sierra que se divisa hacia el fondo, o parte oriental de la ciudad. Este descampado, y algunas de las calles que traen dirección occidental, sirven de paseo habitual a los vecinos que moran en el barrio; y como las calles revelan singular limpieza, producen muy grata impresión. El puente es de construcción excelente, y dentro del espacio ya citado observé también una obra de bien labrada piedra, que al principio tomé por una fuente, pero que acaso era un monumento de otra índole... (Romero, 1990: 28).*

Por otro lado, desde la Colonia el río fue usado como desagüero de los caños que corrían por el centro de las calles, así como botadero de basuras y en algunos casos de las letrinas, al no existir un sistema de alcantarillado. Ya en el siglo XIX esta situación será bastante grave, lo que ocasionará varios brotes de epidemias. La solución que se buscará tanto para el río San Francisco como para los demás que tenía la ciudad será la de implementar canalizaciones paulatinamente. Es así como hacia 1886 se inicia este proceso, en el tramo comprendido entre las carreras Séptima y Octava, siendo totalmente canalizado hacia 1925. Si bien el río carga con las inmundicias y signos negativos por parte de pobladores y visitantes, también será un elemento que forma parte de los lugares significativos aun en el siglo XIX, junto con el puente, el convento y la iglesia de San Francisco, algunos de los hitos más referenciados en narraciones, grabados y primeras fotografías de la ciudad, lo que otorgará al cruce en ese lugar importante en las referencias de la Bogotá de entonces. Jhon Steuart (1989), comerciante escocés que vivió en la ciudad en 1836, se refiere de esta manera al lugar:

*...Las paredes del convento se extienden más allá, a una distancia de 600 pies sobre los bancos del río San Francisco, sobre el cual se ha tendido un puente de piedra de un solo arco que continúa la Calle Real. Esta esquina puede ser definida como la parte más puerca de la ciudad. Olores como los que allí prevalecen no pueden de seguro conciliarse con el reconfortante olor de santidad que, según se dice, es privilegio peculiar de todos los verdaderos seguidores del bendito San Francisco<sup>5</sup>.*

Nótese como a pesar de ser un cruce, río y puente, se denomina como la esquina, en la narración. Otra visión, esta de tendencia romántica, sobre el lugar la aporta el geógrafo alemán Alfred Hettner quien visitó la ciudad entre 1882 y 1884:

*...Sin embargo, hay una excepción en esta disposición concéntrica: sucede que a orillas de los ríos San Francisco y San Agustín, estos ranchos tan humildes vienen avanzando hasta el centro de la capital. Con todo ello (la podredumbre de las alcantarillas), las orillas de las corrientes forman la parte más pintoresca de la ciudad, entendido que en las urbes tal calificación suele darse no a las hileras de casas modernas, sino a sitios intercalados entre la obra humana, que se han reservado a la naturaleza o devuelto a ella por amenazar ruina aquella, o a las construcciones antiguas que por su estilo nos parecen más vinculadas todavía a la naturaleza... (sitio espléndido para construir villas). Pero al bogotano, esto no le agrada. Lo que le interesa es quedarse lo más cerca posible de sus negocios y de los chismes de la ciudad... (Romero, 1990: 205).*

Los ranchos humildes a que hace referencia Hettner son asentamientos informales que desde la misma época de la Colonia conviven con la ciudad formal y se ubican en las orillas de los ríos desde las afueras hacia el centro mismo.

Por otra parte, la importancia de la antigua Calle Real se manten-

<sup>5</sup> Steuart (1989). Es importante tener en cuenta que la opinión del comerciante escocés está cargada de "prepotencia y soberbia con que contemplaron algunos extranjeros la nación, que asomaba a la vida republicana...", como se lee en el prólogo de dicha obra escrito por Pilar Moreno de Angel.

drá durante el siglo XIX y de acuerdo al intensivo uso se le denominará Calle del Comercio, o Calle Real del Comercio. Partiéndose de la Plaza de Bolívar y a lo largo de la actual Carrera Séptima se ubicará lo más selecto en materia de objetos de consumo, siendo privilegiado el sector conocido como Parroquia de San Jorge, al occidente de la actual Carrera Séptima y colindando con la Carrera Décima, en los límites con la Parroquia de San Victorino. Allí se ubicarán almacenes de telas y paños, sombreros, joyerías, y además será el epicentro de la naciente clase financiera. Por su parte la Parroquia del Príncipe, al oriente de la Calle Real, estará caracterizada por la presencia de instituciones de educación, colegios y universidades prestantes, así como por talleres de imprentas y los primeros periódicos, con lo cual la ciudad letrada, de Ángel Rama, se marcará en este territorio<sup>6</sup>. Igualmente es un territorio que mantendrá su identidad doméstica hasta hoy día. En el siglo XIX existen varias narraciones de viajeros que comentan sobre las características de la Calle Real del Comercio. Es así como un viajero inglés da cuenta de su experiencia:

*Donde se encuentran las mercaderías de mayor lujo y belleza es en la Calle Real, expuestas a la venta en espaciosos locales que ocupan el piso bajo de todas las casas a ambos lados de la rúa, siempre llena de movimiento y actividad. En ellas se acumulan las más finas joyas, cubiertos, sombreros de señora y ropa para ambos sexos y de ahí se distribuyen a todas las comarcas que se extienden al oeste, al sur y al este, en varios centenares de millas y, hasta más allá de Quito. ...En esta calle existe la única librería que tuvo oportunidad de ver en toda Colombia; casi todos los libros eran en francés y algunos en inglés; también muchos de los recientemente editados por las prensas hispanas... (Romero, 1990: 42).*

Por su parte Germán Espinoza (1992) en su novela *Los ojos del basilisco*, ambientada en la naciente republicana ciudad de 1849, recrea una visión del universo que constituía esta calle:

*Afuera, en la calle populosa a esa hora, iba y venía un tráfago cansado y cotidiano de hombres enruanados y astrosos, calzados con alpargatas, que arreaban recuas de burros, cargaban pesados fardos sobre sus espaldas o imploraban una limosna. Aquí y allá, las aguadoras, con sus faldas largas de lienzo, hacían su oficio, yendo y viniendo, al hombro las múcuras de barro cocido (Espinoza, 1992: 66)*

<sup>6</sup> Rama (1984: 45). El autor pone de presente cómo en la configuración de las ciudades hispanoamericanas se delinear con claridad anillos concéntricos de índole social y que se manifiestan en la geografía; así un primer anillo que rodea la ciudad escrituraria o letrada se compone por la plebe de criollos, mulatos y mestizos. Un anillo exterior, desde los suburbios hacia los campos estaba conformado por los caseríos indígenas y asentamientos de los esclavos negros. La generación de ideas con exclusivo monopolio por parte de las clases privilegiadas se asenta en el centro constituido y por lo tanto, allí se ubican las instituciones que las difunden, las imprimen y las resguardan. Esta situación es evidente en la topografía de la Bogotá colonial y se mantendrá durante mucho tiempo hasta la irrupción de la modernidad.

En esta visión, los contrastes son evidentes, ya que escenas rurales del pueblo de antaño se cruzan con el naciente cosmopolitismo que caracterizará a la Calle Real del Comercio. Una visión que magnifica el carácter eminentemente comunicativo de esta calle y, que en el cruce de estudio es más denso, se evidencia en la siguiente narración:

*Lentamente se pasea por la calle, se encuentra con un amigo, intercambiando una profusión de fórmulas de saludo "¿ya supiste de esto y aquello?". Y pronto la conversación va girando alrededor de negocios, de la política o de chismes locales. Llega otro amigo y otro más, para continuar todos charlando por horas, parados en medio del andén, cerrándoles así despreocupadamente el paso a los transeúntes. O se entra al almacén de algún amigo, ni pensando en hacer una compra o en cerrar un negocio, sino simplemente para pasarse una horita charlando... Entre cinco y siete de la tarde, se halla la calle repleta de paseantes, hombres en su mayoría. Solamente por excepción se observa un marido acompañado por su esposa (Romero, 1990: 220).*

Por su parte Azriel Bibliowicz (1991), en la novela *El rumor del astracán*, desarrollada en la Bogotá de los años 30, evidencia las huellas aún existentes de la elegancia republicana y la vivencia perceptual en las calles centrales. Se transcriben cuatro pasajes tomados de las correspondientes secuencias en que está construido el texto:

#### Secuencia 40

*...Subimos por la Avenida Jiménez. Pasamos por la Gobernación, con su metopa decorada por figuras recostadas y columnas estriadas de capiteles corintios. En la estrecha Carrera Sexta, unas señoras observaban con atención la vitrina que exhibía manteles recién importados de España. ...La Sexta creaba una sensación de túnel calado encerrado por edificios modernos que iluminaban con teas de cristal de leche. Con Benavides fui al café. Nuestras siluetas se reflejaban en los baldosines negros italianos que enmarcaban las vitrinas. En El Pasaje, la greca, de cuatro manubrios, silbó con el vapor de la bebida que filtraba...*

#### Secuencia 47

*Ruth avanzaba por la Segunda Calle Real... Se dirigió al Pasaje Hernández sobre la Primera Calle de Florián. En las propagandas se anunciaba: "Al comercio se le presenta una oportunidad de oro. Gracias al Pasaje Hernández, Bogotá no tiene ya nada que envidiarle a Londres". En las arcadas del pasaje, en su segundo y tercer piso se hallaban los sastres y modistas. Las esfinges y los techos de bronce labrado, imprimían un ambiente de lujo a sus corredores.*

#### Secuencia 62

*Ruth visitó a Saúl, quien había abierto una oficina sobre la Avenida de la República. Era*

*temprano. Caminó por la zona bancaria con sus edificios de piedra, sus entablamentos, columnas y pedestales que contrastaban con el sabor del pueblo que guardaban otras calles de la ciudad.*

*Secuencia 79*

*Se encaminaron por la Avenida de la República, hacia el norte, cruzaron el parque de Las Nieves... Al pasar por las modernas residencias de la calle 21, pensó que sería ideal vivir ahí. Sin embargo era un sueño todavía lejano. Al ver a Ruth contemplar los edificios, David comentó:*

*-Deberían acabar con todas esas casuchas y balcones desvencijados. Reemplazarlos por casas modernas para que la ciudad progrese (Bibliowicz, 1991: 103, 140, 175).*

El autor, en esta novela muestra una visión del lugar caracterizada por el cosmopolitismo y el contraste entre las edificaciones modernas con el neoclásico estilo del Edificio de la Gobernación y las demás calles del centro, calificadas como pueblerinas. También se hace alusión a la popularidad de los cafés en especial el Pasaje, el cual aún sobrevive sobre la plazoleta del Rosario. Es importante cómo se evidencia un imaginario de ciudad europea que se vislumbra en la descripción de las elegantes mansiones que bordeaban la avenida de la República, en la hoy Carrera Séptima entre las Avenidas Jiménez y Calle 26, las cuales se presentan como signo de progreso, frente a las casuchas de balcones desvencijados, consideradas remanentes de la Colonia. Por otra parte es una mirada hacia como el extranjero ve una ciudad nueva, sin extrañamientos nostálgicos, por su desarraigo hacia el lugar, dada la procedencia foránea de los protagonistas de la novela.

El desarraigo presente en la anterior mirada, se relaciona con la reflexión de Ángel Rama (1984) quien manifiesta cómo la ciudad física, soporte de la simbólica, de los signos y las ideas, se transmutaba o diluía desarraigando al individuo de su realidad, con lo cual este pierde la objetivación en relación con un contorno conocido y lentamente construido por generaciones. Con las mutaciones generadas por los rápidos cambios que se generan en períodos posteriores a la Colonia y que son el advenimiento de la modernidad, se impacta tanto la configuración física de los espacios y sus paramentos como la vida cotidiana de quienes habitan y viven la calle. Al respecto comenta Rama: "la ciudad empezó a vivir para un imprevisible y soñado mañana y dejó de vivir para el ayer nostálgico e identificador. Difícil situación para los ciudadanos. Su experiencia cotidiana fue la del extrañamiento" (Rama, 1984: 85).

Por otra parte, se evidencia también el sentido de goce sensual de pasear por la calle, observar a los demás y participar del espectáculo que ofrecen las vitrinas y los objetos que se exhiben en ellas, características estas que bien describen los críticos de la modernidad y que Baudelaire desde su nicho de andante callejero, el *flaneur*, explicita como una experiencia narcótica, ya que las luces, el movimiento, la música y los objetos contribuyen a sumergir al individuo en universos embriagantes y fantásticos. No se puede olvidar cómo aún hoy la configuración de los espacios públicos tienen una gran dosis de aquellas escenografías y, las edificaciones y el mobiliario, lámparas, bancas, letreros y demás objetos constituyen todo un universo de signos con lenguajes eclécticos que en el cruce estudiado son claramente identificados por los habitantes que allí se dan cita cotidianamente.

### **CONTRASTES Y DESARRAIGO**

La ciudad de la modernidad hará su irrupción con sus edificios de ascensores, de factura norteamericana, con el comercio y la transacción callejera como signos de la corporeidad. La ciudad del trabajo y el transporte será la que signe el cruce moderno donde el cuerpo entrará en actividad continua y el espacio para el disfrute quizá esté restringido, solamente para determinados días. Pero, también se constituye en el lugar de la información, donde desde los años 40 los principales periódicos lo han ocupado, dando cuenta de la importancia de la mediática en la construcción del imaginario moderno.

La modernidad se asumió en Colombia como una proyección hacia el futuro, con el progreso como mito. El movimiento moderno en la arquitectura europea fue un sueño cultural proyectado a la sociedad del futuro, rompiendo los lazos de la tradición. Por otra parte en América Latina y Colombia la modernidad es tomada como un proyecto económico y social en primer lugar, y como cultural y estético en segundo orden (Arango, 1989: 187). Es así, como en los años 30 del siglo XX, llega a nuestro país una no muy clara idea de modernidad con el referente de las sociedades consideradas avanzadas, en este caso de Europa y Estados Unidos.

De otro lado, la ciudad crecerá desmesuradamente y, la complejidad será su característica. La falta de visión en su planeación, los vicios administrativos y una clase política acendradamente conservadora impedirán que la visión ideal de la modernidad

sea una realidad social. Es así como la Bogotá de la modernidad se caracterizará por la fragmentación del territorio, el desequilibrio en accesos a calidad de vida de los habitantes, el acelerado crecimiento espontáneo y marginal, la ocupación del espacio público de las áreas centrales por los vendedores informales y la congestión y el caos causado por un sistema de transporte que es dejado en manos de los particulares. Es conveniente tener en cuenta que, en el lento proceso de asimilación de las nuevas corrientes se presenta un primer momento denominado como Primera Modernidad<sup>7</sup>, o de transición, comprendido entre 1930 y 1946, donde se dan los primeros pasos en la idea de modernidad. En este período, como consecuencia de diversos factores se impulsa la modernización de la ciudad, desde la arquitectura y el urbanismo, con acciones que se concentrarán, buena parte en el antiguo caso tradicional. Al respecto comenta Silvia Arango cómo el centro de la ciudad moderna es constituido por los Ejes de la Avenida Jiménez y la Carrera Séptima como lugares que se constituyen en representativos de la primera modernidad en Bogotá. Posteriormente se tiene una época de consolidación, comprendida entre 1946 y 1970, período en el cual se darán los últimos cambios significativos en el espacio físico en el cruce.

El carácter comunicacional en el ámbito del transporte público, en el lugar de estudio, se reforzará durante este período ya que, con el crecimiento de la ciudad en sentido radial hacia occidente, sur y oriente, así como por la centralización de actividades, la movilidad por el centro será obligada. Con la conformación de la Avenida Jiménez y su vinculación con la salida hacia Fontibón, el transporte masivo público prácticamente desplazará la tranquila circulación peatonal que se viviera en la época precedente. De igual manera la relación del centro tradicional con el sector norte, será un aspecto que signará el desarrollo y ampliación de la Carrera Séptima como prolongación de la Calle Real del Comercio a la Avenida de la República generada durante el período republicano.

La toponimia por su parte también sufrirá transformaciones. El originario río Viracachá muisca se transformaría en el río San Francisco de la Colonia, luego sería el Camellón de los Careros y en la modernidad se convertiría en la Avenida Gonzalo Jiménez de Quesada, hoy denominada también Eje Ambiental. De igual manera la Calle Real sería la Calle del Comercio y posteriormente la Carrera Séptima. A su vez la Plaza de

<sup>7</sup> Ver: Arango (1989). Arango, Niño (2003).

las Yervas se transformaría en Plaza de San Francisco y más tarde en Parque Santander. Así, las maneras en que las personas nombraban a los lugares serían también transformadas con cambios impuestos desde la institucionalidad y no desde la construcción colectiva.

Los usos en la antigua ciudad, que en la modernidad es el centro, se intensifican y diversifican. Al comercio especializado, las joyerías, la venta de telas, sombreros y calzado se suman la oferta bancaria y la recién implantada zona de oficinas, que va reemplazando paulatinamente a la vivienda como uso. Es así como se privilegia un área de la antigua ciudad, al occidente de la Carrera Séptima, en los barrios San Jorge y El Príncipe. Desde fines del siglo XIX, se hablaría de ir al centro, cuando se hacen diligencias, se va de compras, a pagar recibos o simplemente a ver vitrinas. Gabriel García Márquez (2002), con su visión de foráneo y además con idiosincrasia tropical, comenta cómo veía el lugar en los años 40:

*La vida en Colombia, desde muchos puntos de vista, seguía en el siglo XIX. Sobre todo en la Bogotá lúgubre de los años 50, todavía nostálgica de la colonia.... Para comprobarlo bastaba con sumergirse en el centro neurálgico de la Carrera Séptima y la Avenida Jiménez de Quezada, bautizado por la desmesura bogotana como la mejor esquina del mundo. Cuando el reloj público de la torre de San Francisco daba las 12 del día, los hombres se detenían en la calle o interrumpían la charla en el café para ajustar los relojes con la hora oficial de la iglesia. Alrededor de ese cruce, y en las cuadras adyacentes, estaban los sitios más concurridos donde se citaban dos veces al día los comerciantes, los políticos, los periodistas –y los poetas, por supuesto–, todos de negro hasta los pies vestidos, como el rey nuestro señor don Felipe IV (García, 2002: 510).*

Asimismo da cuenta de la importancia de los cafés del centro como lugares de reunión:

*La institución distintiva de Bogotá eran los cafés del centro, en los que tarde o temprano, confluía la vida de todo el país. Cada uno disfrutó en su momento de una especialidad –política, literaria, financiera–, de modo que gran parte de la historia de Colombia en aquellos años tuvo alguna relación con ellos... (García, 2002: 309).*

El escritor representa el nodo articulador de los cafés que, siguiendo las pautas parisienses o inglesas, se amoldaron a las necesidades de los bogotanos. Así, se recuerdan El Molino, ubicado en la Carrera Octava, el Automático sobre la Carrera Quinta, El Windsor, en la calle 14 frente al Rosario, el más antiguo quizá El Gato Negro

sobre la Carrera Séptima en la calle 14, de donde se supone salió el asesino de Jorge Eliécer Gaitán antes del hecho o el Pasaje, que todavía existe en la actual plazoleta del Rosario. Otro aspecto recordado por el escritor es el relativo a las fotografías de los álbumes familiares tomadas en el cruce:

*A veces encuentro entre papeles viejos algunas de las fotos que nos tomaban los fotógrafos callejeros en el atrio de la iglesia de San Francisco, y no puedo reprimir un frémido de compasión, porque no parecen fotos nuestras, sino de los hijos de nosotros mismos, en una ciudad de puertas cerradas donde nada era fácil, y mucho menos sobrevivir sin amor en las tardes de los domingos (García, 2002: 310).*

Los fotógrafos callejeros se agrupaban en el atrio de San Francisco o sobre el parque Santander, más tarde, en los años 70 se despliegan sobre la Carrera Séptima, entre la Avenida Jiménez y la Plaza de Bolívar y sobre la Avenida misma, entre Carreras Séptima y Octava. La mayoría de bogotanos que salían al centro, así como los visitantes, eran captados desprevenidamente por estas cámaras y sus fotos poblan los álbumes familiares. En la actualidad los fotógrafos se han reemplazado por las cámaras digitales y las de los celulares, con lo cual la fotografía para el álbum es tomada por los mismos viandantes. En una tarde de domingo o en fechas especiales es común ver los grupos familiares o de amigos tomándose fotografías con el fondo escenográfico de las edificaciones, elementos urbanos del cruce o la estación Museo del Oro de Transmilenio. El mismo autor relacionará un hecho trascendental ocurrido en el lugar, el magnicidio del 9 de abril, con las transformaciones físicas del entorno:

*El 9 de abril había trabajado más para el olvido que para la historia. El hotel Granada fue arrasado en su parque Centenario y ya empezaba a crecer en su lugar el edificio demasiado nuevo del Banco de la República. Las antiguas calles de nuestros años no parecían de nadie sin los tranvías iluminados y la calle del crimen histórico había perdido su grandeza en los espacios ganados por los incendios. –Ahora sí parece una gran ciudad–, dijo asombrado alguien (García, 2002: 510).*

Por su parte, el escritor Julio A. Osorio Lizarazo (1952), en su obra *El día del odio*, retrata desde una óptica bastante sensible y particular esa otra ciudad, que convivió con la institucional del centro. Es la ciudad de los miserables y desposeídos, quienes tomarán parte activa en los trágicos eventos que sucedieron al asesinato de Gaitán:

*Una agitada muchedumbre invade las calles adyacentes al mercado, con su heterogénea promiscuidad. Campesinos desconcertados que han vendido sus productos y son posiblemente espiados por sus posibles victimarios. Pequeños negociantes de chu-*

*cherías y comestibles. Pregoneros de pomadas y medicamentos milagrosos. Rufianes, cargueros, vagos, prostitutas, todos los residuos que la indignada sociedad rechaza de su seno y que convergen en aquel sector confuso, con fuerza centrípeta.*

*La ciudad quería ufanarse de su opulencia, como los nuevos ricos, y construía su prestigio y su fausto sobre una caudalosa falsía y sobre un deliberado encubrimiento. Había que ofrecer una momentánea fisonomía jubilosa y era preciso evitar que los pobres salieran a exhibirse por las calles centrales reservadas para los ilustres extranjeros que visitarían la urbe con pretexto de la asamblea internacional, donde se forjarían complejas combinaciones capitalistas precisamente en nombre del pueblo a quien se trataba de eliminar (Osorio, 1952: 30, 263).*

Una vez iniciada la explosión popular ante el crimen, Lizarazo narra los acontecimientos que finalizarán con muestras del odio ensañado en las edificaciones que fueron pasto de las llamas:

*...En tumultuoso desorden irrumpían hacia el centro comercial y en cuanto llegaban a las calles principales, donde la ciudad exhibía su opulencia injuriosa y cuyo dominio se había reservado la buena sociedad lejos de rufianes y de perdularios, se lanzaban al saqueo de las viviendas y de los almacenes y luego, sin una causa explícita, arrebatados por su furor satánico, prendían hogueras y acumulaban escombros (Osorio, 1952: 30).*

El escritor, bastante preocupado por esa otra cara de la ciudad, en la mayoría de sus obras y catalogado como uno de los primeros escritores colombianos del hombre urbano, en *El día del odio*, evidencia cómo en la ciudad se da un contraste entre un grupo, el del gobierno y la oligarquía, empeñados en mostrar al mundo una cara ficticia de la ciudad, mientras que en su mismo territorio, en el centro, alrededor del mercado, en lo que posteriormente fue parte de San Victorino, como él mismo escribe “centro de los despojos de la ciudad”, se desenvuelve la paupérrima vida del pueblo. Esta idea tiene relación con la reflexión de Bermann (1988), sobre cómo con la apertura de los centros de ciudad y por su característica de movilidad, aquellos seres que antes estaban escondidos o relegados a los bordes quedarán a la vista y convivirán en una heterogénea mezcla con las demás personas, con lo cual los multiterritorios serán característica de la ciudad moderna. A esta misma época corresponde la siguiente percepción trazada en la obra *Los parientes de Ester* de Luis Fayad (1993), de la cual se toman apartes relacionados con la percepción y vivencia del lugar:

*...Salió a la calle y caminó un trayecto por la carrera séptima. Le gustaba dar un paseo todas las mañanas, sentir el sol o la brisa que anunciaba lluvia y pensar que recorrer unas cuadras al día impedía el infarto. Fue al café Pasaje, en el que encontró al grupo de*



La Cigarra, café de tertulia en la esquina de la Portería con Calle del Comercio, hoy Calle 15 con carrera Séptima. Foto de Sady González. Alcaldía Mayor de Bogotá. 1999. Bogotá años 40. Bogotá: Revista Número Ediciones.

amigos que se reunían allí a leer el periódico, a comentar la política y recordar a Bogotá en los tiempos en que eran jóvenes.

Se detuvieron en la Avenida Jiménez y el tío Ángel echó una mirada en derredor. Le gustaba ese sector con la Gobernación a un lado y el Banco de la República en la esquina de enfrente y rodeado de otros bancos en los que trabajaban empleados pobres pero decentes.

...—Yo había pensado en un segundo piso para libramos de los pordioseros y de los vendedores ambulantes, pero es poco visible. En último caso conseguimos dos porteros o un vigilante con revólver como hacen ahora en todos los almacenes, porque Bogotá está llena de gamines y locos.

—Allí queda la calle 12— dijo, señalándola como si dibujara una línea en el aire, y la trazó en el papel—, aquí la carrera 14, la calle 25 y la carrera tercera —al terminar tenía el dibujo de un cuadrado—, esta es nuestra área.

(Ester y su prima paseando por la Carrera Séptima)... las dos pudieron deambular la tarde entera, mirar los sucesos de la calle y detenerse en alguna cafetería y en todas las vitrinas, y fue una lástima tener que separarse en ese momento en que el atardecer parecía una fiesta, en que había más gente en la calle, en que apartándose de la multitud se sentía el ambiente apacible y se iba la atmósfera pesada con el ocaso y el aire era fresco y puro y daba nuevos bríos para seguir paseando (Fayad, 1993: 22, 102, 103, 229).

El escritor, en esta obra de carácter intimista y cotidiano, presenta una Bogotá moderna y contrastante, donde el lugar es protagonista de varias escenas, en las cuales el recorrido por la Séptima, los cafés cercanos, y el mismo cruce de la Jiménez con Séptima es presentado como lugar agradable y de empuje por la ubicación de las diferentes sedes de los bancos y los almacenes con sus vitrinas. En uno de los apartes se recrea un mapa imaginario del centro, que se circunscribe de la calle 12 a la 22 y de la Carrera Tercera a la 4, conformando un cuadrado perfecto. El ambiente de la calle, con su multitud se recrea como de fiesta, así como los sonidos de automóviles, voceadores y el rumor de la gente conforman telón de fondo del lugar moderno para el deambular lúdico y sensual del cuerpo.

En una novela que se ubica en el 9 de abril y que precisamente se llama *Viernes 9*, de Ignacio Gómez Dávila (1953), también se recrean aspectos cotidianos del cruce, hacia 1948:

...En la esquina de la carrera Séptima con la calle 15 se detuvo mientras pasaba una procesión religiosa. Un alto mandatario de la Iglesia iba detrás de un destacamento de cadetes de la Escuela Militar, quienes abrían paso; rodeaban al jerarca unos acólitos que lo fumigaban con incienso; inmediatamente tras de él, venían algunos sacerdotes; más allá, niños de algunas escuelas y, por último, la masa de fieles y curiosos; a cada lado custodiaban el despliegue, entremezclados, policías y seminaristas.

Bogotá, no cabía duda, en estos últimos tiempos había adquirido una faz más marcada de ciudad, y estaba dejando ese aspecto pueblerino y anticuado que la caracterizaba. El tránsito, por ejemplo, era a ciertas horas como el de Nueva York o el de Londres; la gente que circulaba por las calles andaba menos sombría, menos ensimismada, menos despreciativa. Existía aún, claro está la envidia callejera de los pueblos, pero había disminuido, no era tan notoria, porque las aglomeraciones de provincianos y extranjeros la ocultaban... pudiera ser que lo que necesitaba Bogotá era volverse ciudad: era justamente un poco de esa locura de grandiosidad... (Gómez, 1953: 52).

En estos párrafos se pone de relieve la importancia de la Jiménez con Séptima en eventos como el descrito de la procesión religiosa, que aún hoy permanecen. En el segundo párrafo se hace énfasis en la marcada característica de ciudad moderna que ya se vislumbraba, donde, la muchedumbre, las prisas, los comportamientos y las apariencias, son evidencia, según el autor, del paso de pueblo a ciudad, y que se relaciona con las propuestas de pensadores sobre la modernidad tales como Walter Benjamin o Marshall Bermann. Por su parte en su obra *Bogotá de las nubes*, Elisa Mujica (1984), representa lo que significó el cambio en esta zona del centro tradicional de Bogotá, desde la percepción y la vida cotidiana de quienes todavía tenían sus viviendas allí:

"Parecía como si la ciudad hubiera esperado durante 400 años la señal convenida a fin de romper el encantamiento que la condenaba a no crecer, a seguir estacionaria en el papel de simple aldea. ...En el casco urbano, a una iglesia sucedía un convento y a un convento otra iglesia, aunque eso no impedía que existiera la calle caliente, "la calle honda, olorosa a miel, a chicha, a mula resabiada".

A las ambiciones horizontales sumó enseguida las verticales indispensables. Indispensable empinarse para compensar con promontorios de cemento la plana monotónica del mar de casas grises y cielo gris.

En la actualidad, junto a las nuevas torres dominantes, tan inmensas y elevadas que en cuatro o cinco habría cabido integra la población de los tiempos primitivos, el Cubillos se veía ruin, apachurrado, en derrota. ...No era ni sombra de lo que fue. Se veía enano en comparación con las torres encristaladas y gigantes como barcos sobresalientes en el

*mar ciudadano, entre las olas encrespadas de los vehículos a 100 por hora.*

*Entonces, en cambio la esquina del Camellón de los Carneros con la carrera octava conducía a casas de dos pisos cuidadosamente alineadas, y a otras de una sola planta, con ventanas arrocilladas. Las primeras tenían fachadas de piedra y balcones con falsas columnas y balaustres de hierro forjado, estilo republicano, que correspondían a salas de postín, amobladas con sillas y canapés Luis XIX...*

*A la casa la tumbaron para construir el edificio Cubillos... Los bogotanos se acostumbraron en seguida a ver el esperpento de ocho pisos, sin presentir su oficio de marcar el final de una época: la de la enamorada que se asomaba al balcón para atisbar...*

*Alumbraba el sol de 1920 y en Bogotá todos se conocían. Los tranvías eléctricos efectuaban un largo recorrido: de la Plaza de Bolívar a la estación central de Chapinero, que lejura; otros continuaban por el Camellón hasta la Alameda.*

*El presente bogotano ya no brotaba armónicamente del pasado. No existía ligazón. Se había roto. Desde el 9 de abril la carrera séptima perdió su ser natural. Como le pasa a una persona que sufre un accidente y debe someterse a operaciones de cirugía estética, la principal arteria nunca volvió a ser la de antes. El 9 de abril fue el día señalado para que las casas que parecían eternas, cayeran convertidas en pavesas. A fin de reemplazarlas a la calle real se le injertaron parches. En el espacio que ocuparon las viviendas desde cuyos labrados balcones los hijos de los próceres, todavía en brazos de sus llorosas madres, contemplaron por última vez las siluetas de Torres, Caldas, Lozano, Camacho, en pos de Cristo de los ajusticiados, se establecieron discotecas...*

*Ahora, centenares de cuerpos insinuantes, a la vista de los niños, en las carátulas de las revistas y en los afiches extendidos por el suelo. Cada tienda con avisos más chillones para robar a la otra la clientela... Porque en lo que la ciudad terminó de transformarse fue en inmenso, infinito comercio.*

*...Hasta que cae la noche y entonces se desparrama el diluvio de seres extraños, tormentosos, que proliferan velozmente como si la Calle Real fuera su núcleo y su caldo de cultivo, su sede y su hogar" (Mujica, 1984: 41, 42, 43, 46, 47, 155, 156).*

En los apartes extractados la autora muestra desde la literatura el impacto de la transformación no solamente física sino en las costumbres. También constituye esa acción que Ángel Rama (1984: 97), denomina como redentora de la tradición y del pasado, frente a la lanza del progreso y la modernidad.

## MULTITERRITORIOS Y DIVERSIDAD

La idea de contemporaneidad, si bien alude a momentos actuales se aborda desde

las acciones que, en consonancia con tendencias globales, buscan el rescate de la memoria del centro histórico de las ciudades, con acciones que potencian el valor histórico de los inmuebles y de plazas, parques y calles así como el mejoramiento ambiental de los lugares tomados por la circulación vehicular. Es así como, con políticas de rescate y revalorización se privilegia el uso del espacio público por el individuo y se generan amplias zonas peatonales tanto de tránsito como de estancia. En el lugar de estudio específicamente se tendrán acciones que se consolidan en lo que se denomina Plan Centro, dentro de las cuales la implementación del Eje Ambiental será determinante en el impacto de calidad del habitar en el cruce. Otro aspecto que signará la vida cotidiana del lugar será el de la organización de la movilidad y la incorporación del sistema de transporte masivo Transmilenio. Por otra parte, con la implementación del Eje Ambiental se da importancia al individuo en el disfrute del espacio público, no solamente como transeúnte.

Por otro lado, el centro se proyecta en los discursos contemporáneos como lugar de recuperación, que vale la pena rehabilitar, conservar y dinamizar. Es así como se habla de salvaguardar el patrimonio histórico, cultural y arquitectónico, así como de contribuir a su embellecimiento, restauración y mantenimiento. Esta situación viene dada desde imperativos globales donde la ciudad se gestiona y compite por mostrar sus atractivos, ya que hoy también la ciudad se vende como proyecto y lugar de turismo e inversión. Al igual que Bogotá, este proceso lo viven hoy las ciudades latinoamericanas que, en sus centros evidencian presencia de períodos históricos pasados. Tal es el caso de Buenos Aires, Ciudad de México, o La Habana, entre otras<sup>8</sup>.

Desde la perspectiva histórica occidental contemporánea, el consumo es la práctica que abarca todos los aspectos de la vida cotidiana, el centro de la ciudad es el lugar por excelencia donde se manifiesta esta situación. Y, a las marcas territoriales del pasado, con la impronta religiosa de la etapa colonial, la institucional republicana y la comercial de la ciudad moderna se superponen ahora las imaginerías publicitarias en alternancias heterogéneas (García, 1995: 101). En una recreación imaginaria del lugar y su relación con otros puntos representativos del centro de la ciudad, Manuel Hernández (1997), en su novela *Ese último paseo*, se aproxima a la significación del territorio, en los siguientes apartes:

<sup>8</sup> Respecto a la consideración de contemporaneidad de la ciudad latinoamericana ver: Auge (1995), García (1995), Gausa (2002), Leach (1999).



Escena dominguera. El cuerpo lúdico y la mediática. Foto del autor.

*En la Bogotá de ese año (1983), bastante diferente de la de hoy, caminar en plan de flaneur y turista al mismo tiempo era frecuente y bien visto. Así, en una ocasión, emprendimos con un pequeño grupo una de esas largas caminatas, muy bien orquestadas por el azar, que incluyen el Pasaje Rivas y el Pasaje Hernández, como muestra de la esperanza republicana en la época del Centenario, la calle de los botones, los encajes y los tafiletes; las sombrererías de la calle 11; la Plaza de Bolívar, la iglesia de Santa Clara, y la hilera de indígenas inganos, llamados sibundoyes por el valle en que habitan, emplazados a lo largo de toda la carrera décima entre calles 9 y 11 –por donde quedaba el Ministerio de Justicia–... más al norte, en ese barrio de judíos y acaudalados cafeteros que ostenta el raro nombre de La Soledad...*

*...Abrí el pequeño balcón de la terraza y le mostré la Avenida Jiménez, por donde dos o tres horas antes había pasado la banda presidencial, la procesión de la Virgen de los Dolores, y el Festival de Cultura Iberoamericana (Hernández, 1997: 12, 157).*

Estos dos párrafos evidencian por un lado, cómo en el imaginario existen relaciones entre la caracterización del lugar y su ubicación, que se reflejan en saber dónde está la calle de los botones, o la de las telas, o la de los esmeralderos y por otra parte, cómo sobre la Avenida Jiménez, en inmediaciones de la Carrera Séptima se presenta un abigarrado multiterritorio, que a través de la recreación de desfiles contrastantes, da cuenta de los ritos tradicionales y sacros, reunidos con los nuevos, emergentes y profanos.

Con el sistema de transporte masivo Transmilenio, el Eje Ambiental comparte su vocación peatonal con los rojos buses articulados. La estación Museo del Oro, hace su aparición en el año 2004, en el cruce Jiménez con Séptima, impactando el aspecto físico y visual, con la irrupción del lenguaje globalizado de líneas rectas, construcciones limpias, aluminio plateado y vidrio como materiales que sirven de soporte para imágenes de transparencia y fluidez. Desde el interior de la estación se tiene una vinculación permanente con la calle, y se dominan las situaciones cotidianas, que por su variedad, diversidad e intensidad son más referenciadas en el costado sur, frente al edificio otrora del periódico *El Tiempo*, hoy sede del canal City TV. El continuo paso de los buses ya se ha convertido en un referente que hace mella en la memoria del transeúnte y es utilizado como imagen significativa para mostrar a Bogotá como ciudad histórica, con la colonial iglesia de San Francisco de fondo, pero a la vez dinámica con el raudo paso del bus en primer plano. De alguna manera esta imagen mediatizada, que de continuo surge en las pantallas del televisor, en la sintonización

del canal City TV resume la historia del centro de la ciudad, caracterizada por las transformaciones, donde la hibridez, el contraste y la heterogeneidad salen a flote en las formas urbanas. En ese acercamiento al centro de la ciudad contemporáneo en la literatura, a través de la percepción se tienen dos visiones contrastantes. Así en primer lugar se presenta una mirada bastante expresiva de la manera de apropiarse de los lugares a través de la percepción y del sentido general y se da en la siguiente descripción de algunos sectores representativos del centro de Bogotá, en la obra *Scorpio City*, de Mario Mendoza (1998):

*..Caminó por la Carrera Séptima hasta la Avenida Jiménez, atravesando la Bogotá tradicional ahora inundada de comercios y almacenes, y luego bajó al sector de San Victorino. El olor del mercado, las telas, los corredores internos llenos de baratijas y comerciantes al acecho, todo ese maremagnum de cuerpos y objetos lo reconfortó. Siempre había sido así. Bastaba que entrara allí y se perdiera en el laberinto de pasillos y largas galerías para que cualquier sentimiento depresivo desapareciera. No sabía por qué pero el viejo mercado informal y popular de San Victorino producía en su interior un efecto reconfortante. Tal vez fuera la sensación de perderse en la multitud, el placer del anonimato en el centro de la muchedumbre. Tal vez.*

*Las vendedoras sacaban las manos por entre las telas expuestas e intentaban detener a los clientes con suavidad. Disfrutaba el roce de los paños, los linos y el algodón en el rostro y en los brazos. Por otro lado, su piel gozaba con los pequeños apretones de esas delicadas manos femeninas que emergían como organismos vivos provenientes de un más allá desconocido. Era un viaje visual, táctil y auditivo, pues el viento, atrapado en el laberinto que formaban las casetas de los comerciantes silbaba y producía voces, lamentos ininteligibles, sonidos acuosos y marítimos. Volvió a doblar a la izquierda. Era el callejón de las hierbas, los granos y las frutas. El olor vegetal podía casi palpase en el aire. Cerró los ojos y se dejó invadir por esa atmósfera de plantación en un día de verano, de cosecha de granja en la plenitud del mediodía. Era un olor verde oscuro, fuerte, potente... Si eso era el mercado, le recordaba las distintas tonalidades de su cuerpo, sus matices, sus zonas más recónditas y escondidas. El caminante que se internaba en el mercado de San Victorino atento y despierto al entorno se veía de un momento a otro en el centro de un viaje sensorial; claroscurios fugaces que aparecían y desaparecían, rugosidades y sensaciones térmicas, sonidos fugitivos y acariciadores, olores insospechados que prometían lejanos parajes paradisiacos. Todo el cuerpo se veía bombardeado y atravesado por ingeniosas combinaciones. Sí, la alegría venía de tener la magnífica certeza de haber sido preñado por la exuberancia del mundo (Mendoza, 1998: 14, 29).*

A través de un éxtasis de los sentidos el protagonista de esta obra, en los párrafos aludidos, llega a la experiencia vital del lugar, a la manera en que Serres propone, donde

cuerpo y medio se confunden en una contingencia. Olores, Sabores, experiencias táctiles, aún hoy poblan las inmediaciones del lugar de estudio y, los perfumes, las texturas, los aromas son parte fundamental de este universo onírico que embriaga a quien como *flaneur* Baudelairiano se sumerge sin prevención en él. Por su parte Carlos Perozzo (1993), en la novela *El resto es silencio* muestra el lugar con la óptica de quien es extraño en el territorio, y desde su experiencia perceptual lo vive:

*(Al borde de la Avenida Jiménez)*

*Empezó a soplar un viento a intermitencias, mientras la lluvia esperaba en la antesala de las nubes. Alejandrino detenido en medio de la acera, soportaba sin darse cuenta los empujones de la multitud, un enredijo inextricable de organismos vivos y otros no tanto, una angustia colectiva en camino hacia la mansión de los monstruos.*

*...—Me puede decir ¿qué sitio es este?— Lo sacó de sus cavilaciones el ciego. Viéndolo bien no parecía ciego. Había algo que... —La avenida Jiménez con carrera séptima— respondió Alejandrino sin poder evitar un leve e ignoto presentimiento— y el lugar donde estás recostado es la iglesia de San Francisco...*

*...Treinta y dos minutos veinticinco segundos después, Altuve proseguía su triunfal paseo por la Calle Real de Villamable. De Villahágame el favor, de Villagarcías, de Villamodales chinescos seguramente para suavizar la incandescente violencia que se ocultaba en la mayoría de sus habitantes. ...Caminaba por la acera derecha, acercándose ya a la Avenida Jiménez, cuando de repente y a la vista de un oscuro y remoto lugar en la acera de enfrente, le dio un vuelco el estómago y se le retorcieron las tripas del corazón.*

*...Había llegado por fin a la esquina suroccidental de la avenida ...No se había equivocado. Allí estaba. Era el lugar donde había caído el caudillo, un mísero recordatorio de cemento y mal gusto, hecho más bien para olvidar que para cualquier otra cosa. Cuestión que Altuve comprobó cuando después de un rato bastante largo, vio como ninguno de aquellos desgraciados, oprimidos por miles de vigiliadas, ni siquiera se daban un respiro para mirar hacia aquel lugar donde sentía el orgullo de llamarse con los mismos nombres (Jorge Elíecer) y la vergüenza de no poder decir, como su padre, "soy pobre pero honrado".*

*...Había llegado por fin a la esquina suroccidental de la Avenida Jiménez con carrera séptima. Himalaya coronado donde lo hubiera. Altuve respiró hondo. ...*

*Frente a la antigua iglesia que le recordaron campanadas imprecisas, pero sonoras de hace mucho tiempo, y una especie de réquiem que estaba por empezar...*

*...Salió como un loco, se detuvo en la esquina noroccidental y miró hacia la fila de portidioseros que convertían el centro de la ciudad en un paseo por la llaga, que no vacilaba*

*en revestirse de constituciones y ornamentos sagrados para sostener la injusticia y el fraude...*

*...Cuando salió del almacén, las dos cajas asidas fuertemente bajo el brazo, travestido en gentilhomme, se sentía como si no fuera él, como si lo hubieran cambiado, como si el hecho de haber asumido su nueva piel lo hubiera eyectado a un mundo distinto, a otra dimensión de la vida...*

*...¿Cómo explicarse entonces esas vallas que se levantan sobre los vertederos y en las que (Oh Caribdis!) unos cuerpos de mujer inalcanzables ofrecen mercancías a precio de criadilla de macho? ¿Cómo aceptar que los asesinos, los que matan de uno en uno y los que pertenecen a ese cierto nivel de para arriba donde ya no hay delincuencia, vistan modelos de Valentino y de Versace? ¿Y los intelectuales sigan con sus bluyincitos y sus, a veces trajes de color fucsia para celebrar el fin del milenio, y ocultar las heridas, que dejan en sus genitales cercenados, anacrónicos anacoretas? (Perozzo, 1993: 219, 221, 308, 310, 313, 323).*

En esta secuencia de apartes, el protagonista, que viene de territorios subterráneos en los bordes del centro, se sumerge en el mundo de modales y apariencias que, según su apreciación, caracteriza al habitante del centro bogotano, con sus *villamable*, *villagracias*, *villahagamelfavor*, *villamodades chinescos*. El cruce se presenta como un Himalaya coronado, lugar inexpugnable e inaccesible para los de su clase. Asimismo una manera de acomodarse entre la multitud es la de travestirse en un hombre gris de la calle comprándole su ropa a un vendedor de almacén. Otra visión que merece la pena traerse a este análisis es la recreación del lugar propuesta por Rafael Humberto Moreno Durán (1993), en su obra *El caballero de la Invicta*, novela de carácter urbano que evidencia una anatomía del deterioro y muestra una ciudad que se debate entre la entropía y la ruina. Su protagonista, como un caballero andante, es un *flaneur* que recorre la ciudad representativa a lo largo de la Carrera Séptima, unas veces a pie y otras en el metro. Vale la pena tener en cuenta que en los lugares representados se funden pasado, presente y futuro, con la descripción de territorios imaginarios que, tomando características de la realidad llevan cada punto a los terrenos de las ciudades invisibles, que poblan las mentes de las gentes:

*Fatigado decide hacer una pausa bajo los eucaliptos del Parque de Santander, toma aire, evoca un poco de historia patria y recuerda que ese lugar también es conocido como plaza de la Yerba, y razón no les falta a quienes así la llaman, pues el lugar apesta a cannabis de la fuerte...*

*Entonces se asoma el río. Las aguas bajan turbias, tal vez por las fuertes lluvias del*

*mediodía, aunque los firmes muros de concreto evitan que se salga de su cauce. La canalización del río San Francisco le ha dado a esta parte de la ciudad un aspecto más seguro pero también más higiénico. El largo paseo que lo bordea, desde las Aguas hasta San Victorino, es uno de los logros más celebrados del burgomaestre anterior. Largas filas de sauces y alcaparros, de arbolocos y cerezos, a lado y lado del río, le dan sombra y frescor a los viandantes. Observa las diferentes terrazas que se han construido junto al canal, los puestos de revistas y postales y las ventas de flores. Nada parece alterar la placidez del lugar, que por muchos motivos se le antoja idílico: dos enamorados se besan en la mitad del puente que une el Continental con el Espectador, miran desde la altura de su felicidad el mundo a sus pies y arrojan claveles a la corriente. Pero si algo le gusta a él es recrear la vista con el hermoso panorama que desde la esquina de la iglesia divisa 100 metros más abajo. En medio del río y unida por dos puentes se levanta la torre de Buchholz, siete pisos totalmente atiborrados de libros y una galería de arte en la azotea. Como un enorme faro, esa nueva torre de Babel refleja sobre las aguas la poesía muda de los crepúsculos y la tristeza de la tarde que se va. Desde la azotea la visión de esa parte de la ciudad, cruzada por el río, y los cientos de techos rojos de las viejas casas componen un mosaico para el cual no existe aún un objetivo digno.*

*...Atraviesa el río –San Francisco para los criollos, pero Vicachá para los aborígenes– por el puente de Beaumont, llamado así en honor de quien en el siglo XVII lo construyó, con tan buen tino que durante todo este tiempo ha resistido crecientes y avenidas. El arco ojival de ladrillo con barandales aparece en todos los posters de turismo y casi siempre los visitantes se hacen fotografiar a su lado.*

*Ya en el otro lado del río se observa un trasegar inaudito: frente a donde tiene su sede El Tiempo, observa una legión de tullidos, ciegos, mancos, enanos, idiotas, menesterosos de toda condición, una heterogénea corte de los milagros que implora la atención de todos los santos. También queda perplejo al observar el ángulo defensivo que forman las pilas de adoquines, los sacos de arena y restos de escritorios y sillas con que los defensores de la zona habían afianzado sus barricadas... Mira a su derecha, en la otra orilla del río, y descubre sobre la acera del Palacio de la Gobernación restos de cariátides, torsos sin cabeza, columnas rotas, rostros sin nariz ni orejas, el mosaico de la desolación. ¿Desidia arquitectónica? ¿Fuego del enemigo? ¿Estragos de la naturaleza? Al otro lado de la calle la gente corre para abordar a tiempo el Metro de la estación la Esmeralda –también conocida como Jiménez de Quesada–. A esa hora repleta de traficantes de la gema nacional. ¿Por qué al ver a tantos individuos con las manos en los bolsillos, de un lado para otro y como sin oficio, piensa en la manada de prostitutas que antes de la debacle deambulaban en torno a La Terraza Pasteur? (Moreno, 1993: 147, 148, 150, 151).*

En esta recreación del lugar, hacen irrupción lugares del pasado, como el río y su toponimia muisca o el antiguo puente que lo cruzaba donde hoy está la Carrera Sép-

tima, al lado de íconos representativos por la relación entre la fisonomía y los usos, tal como la torre transparente donde funcionó la librería Buchholz, hoy todavía referente en la memoria de muchos bogotanos que recuerdan la sucesión de pisos con los libros proyectándose a la calle. Por otra parte se identifica en la descripción de ruinas, los elementos neoclásicos, que forman parte de la ornamentación de la fachada del edificio de la Gobernación, el cual es presentado en deterioro. No deja de lado la confluencia de los esmeralderos (comparados con las bandadas de prostitutas), en la esquina que aún hoy día siguen ocupando, con un sello de institucionalidad, al ubicar allí la “estación Esmeralda”, del metro. Con un pensamiento adelantado al tiempo, hoy está en el lugar la Estación Museo del Oro, de Transmilenio, donde las esmeraldas se cambiaron por oro.

### **A MANERA DE CONCLUSIÓN**

La ciudad, Bogotá, en su crecimiento se contempla desde un punto rizomático, el cruce específico de análisis de este trabajo y así, se han podido relacionar los cambios físicos que desde el urbanismo y la arquitectura han impactado la vida cotidiana con el cuerpo y su relación con el habitar como ejes del análisis. Las periodizaciones de tipo histórico han permitido delinear el habitar como producto de amalgama de prácticas culturales que se van superponiendo en una urdimbre densa. El cruce de la Jiménez con Séptima, tomado como hito a la vez referente y significativo en la vida de varias generaciones de habitantes. Así, desde la Colonia, las prácticas de la vida cotidiana, de ritmo pausado y relacionadas con la religiosidad en rituales diarios y celebraciones extraordinarias serán aspecto importante de la vida urbana, así como el encuentro alrededor del mercado y sobre el eje del comercio. En el período de configuración de la nación, la República, se dará la limitación imaginaria del centro en bordes de lo que fuera la antigua ciudad de la Colonia. Cambios en la toponimia, así como en la fisonomía y escala de paramentos impondrán el sello del cambio y la fugacidad, sin que el habitante pueda acostumbrarse al nuevo entorno, con el extrañamiento como característica del desarraigo. A la lenta construcción del entorno colonial sucedería la rápida transformación que se inicia en este período. Los cambios de ideal en lo que debe ser la ciudad impactarían la vida cotidiana y a una vida pueblerina y tranquila se impondría el imaginario del cosmopolitismo en las élites y una dura vida de producción para las clases desfavorecidas. A los usos de vivienda, administrativos, religiosos, educativos y de comercio exclusivo se añadirían los finan-

cieros, con lo cual el ámbito simbólico se mantendrá en el lugar.

La modernidad, que llega tardíamente al país, quizá por el acendrado conservadurismo de las clases dirigentes, haría aparición en las calles del centro, en inmediaciones del cruce de la Jiménez con Séptima. De la mano del eclecticismo, las primeras muestras de modernismo cambiarían no solamente las fachadas de las edificaciones, como pasó con ciertas expresiones de neoclasicismo, sino que verdaderamente impactarían la relación entre paramentos y espacio público. La vivienda, como uso, en este período se irá lentamente apartando del eje principal, la Carrera Séptima, y solamente permanecerá en sus bordes, la mayoría de las ocasiones en lamentables estados de deterioro y con la promiscuidad como característica que impactaría la calidad de vida de los habitantes del sector. La diversidad en aspectos sociales sería el sello que signe la cotidianidad en el cruce de la ciudad moderna, donde el caos vehicular, la congestión, la inseguridad y el tráfigo serían características que marcarían buena parte de la vida moderna del lugar.

El período contemporáneo, de mano de las políticas de rescate y revitalización del espacio público traería un nuevo rumbo al territorio central con la Avenida Jiménez como eje de los cambios. La vida cotidiana en el lugar hoy se caracteriza por los multiterritorios y, la transacción y la lúdica como ámbitos donde se mueven las prácticas del habitar. Asimismo, el poder atractor del lugar está siendo utilizado por la institucionalidad para asegurar diversidad de usos.

Desde la metodología se destaca positivamente la vinculación de la literatura como soporte que evidencia rasgos del habitar desde dos géneros que tocan evidentemente aspectos de la vivencia y sentir del individuo: las crónicas y la novela.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aprile G., J. (1991). *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana*. Bogotá: Banco Popular.
- Arango, S. (a) (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arango, S. (b) (1996). *Arquitectura de la primera modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Auge, M. (1995). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Bibliowicz, A. (1991). *El rumor del astracán*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- De la Rosa, M. (1908). *Calles de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Municipal.
- Deleuze, G. et al. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Durán, A. (2003). *Discursos que reconstruyen el centro tradicional de Bogotá*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Espinosa, G. (1992). *Los ojos del basilisco*. Bogotá: Altamir Ediciones.
- Fayad, L. (1993). *Los parientes de Ester*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- García C., N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos culturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo.
- García M., G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma.
- Giraldo, L. M. (2001). *Ciudades escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Gómez D., I. (1959). *Viernes 9*. México: Impresiones Modernas.
- Hernández, M. (1997). *Ese último paseo*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Leach, N. (1999). *La an-estética de la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez, C. (1983). *Bogotá, sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Editorial Escala.
- Mejía P., G. (2000). *Los años del cambio*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Colombiano de Antropología.
- Mendoza, M. (1998). *Scorpio City*. Bogotá: Seix Barral.

- Moreno D., R. H. (1993). *El caballero de la invicta*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Mujica, E. (1984). *Bogotá de las nubes*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- Niño M., C. (2003). *Arquitectura y Estado. Contexto y significado de las obras del Ministerio de Obras Públicas. 1905-1960*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Osorio L., J. O. (1952). *El día del Odio*. Buenos Aires: Ediciones López Negri.
- Pérgolis, J. C. (1986). *Lo clásico en arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rodríguez F., J. (1997). *El carnero*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Romero, J. L. (1976). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. México: Siglo veintiuno.
- Romero, M. G. (1990). *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. Bogotá: Villegas Editores.
- Serres, M. (2004). *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. Bogotá: Taurus.
- Vargas L., J. (1990). *La sociedad de Santafé colonial*. Bogotá: Centro de Investigaciones y Educación Popular.
- Steuart, J. (1989). *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses*. Academia de Historia de Bogotá. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

## ESPACIOS CRIOLLOS. Una Investigación sobre Barranquilla<sup>1</sup>

Antonio di Campi\*

«Nosotros reclamamos para todos el derecho a las zonas grises» Édouard Glissant<sup>2</sup>

### Resumen

Este artículo da cuenta de una investigación realizada desde principios de enero a finales de mayo de 2009, en la ciudad caribeña de Barranquilla, enfocándose en particular en las partes de la ciudad cercana al río Magdalena, y explorando las diferentes maneras en las que se establecen relaciones entre ellas. Este ejercicio de análisis urbano no se ha conducido de acuerdo a la manera lineal tradicional de análisis y proyecto, sino que se ha enfocado más hacia el lado del proyecto, esasperando su carácter de herramienta de investigación espacial.

Para realizar este objetivo, la investigación se apoyó en la voluntad de algunas instituciones urbanas, para proveer a la ciudad y sus partes cercanas al río, de un sistema de equipamientos correspondientes a una expo y a una feria. Las características de las posibilidades espaciales han sido exploradas desde la proyección e investigadas para entender la capacidad que ellas tienen para ayudar a redefinir la relación entre la ciudad y el río Magdalena, con su red de canales y su traza urbana incierta de arroyos, correspondiente a un sistema de calles urbanas perpendiculares al río. El desarrollo de esta investigación se enfocó en tres temáticas principales que juntas constituyen, más allá del resultado del proyecto, quizá el resultado más relevante de esta investigación. Estos tres grupos, organizados aquí alrededor de tres imágenes, identifican algunos de los temas desde los cuales se propone el proyecto de transformación de la ciudad frente al río: "lugares de excepción", "espacios anfíbios" y "cosmo-plantación".

**Palabras clave:** Diseño Urbano, Urbanismo Cultural, Expo, Frente de río, Paisaje, Cohabitación.

<sup>1</sup> Artículo producto de la investigación "Recalificación de los bancos urbanos del río Magdalena en Barranquilla". Università degli studi "Gabriele D'Annunzio" di Chieti, facoltà di Architettura di Pescara, en colaboración con la Universidad de La Salle de Bogotá, Facultad de Ciencias del Hábitat, Municipio de Barranquilla y la Corporación Universitaria de la Costa, CUC. 2009.

<sup>2</sup> Glissant, Edouard (2007). *Poética della relazione*, Quodlibet, Macerata-Italia.

\* Nacido en Ortona-Italia en 1970. Es arquitecto, doctor de investigación en urbanismo y actualmente es docente de medio tiempo del curso Territoire et paysage de la Escuela Politécnica de Lausana, Suiza, y de Diseño de Urbanismo en el Politécnico de Turín. Ha sido profesor visitante en la Universidad de La Salle, Facultad de Ciencias del Hábitat de Bogotá; y desempeñó su labor docente también en las Facultades de Arquitectura de Ascoli Piceno, Pescara, Turín.

Su campo de investigación se estructura alrededor de tres ámbitos temáticos: estudios de relación entre proyecto urbano y proyecto de paisaje (en particular en los fenómenos de dispersión de asentamientos). Otro tema son las formas y los temas del proyecto urbano y ambiental en la ciudad latinoamericana y, finalmente, el tema del proyecto de los paisajes de costa, en su articulación y definición de espacios agrícolas, infraestructuras ambientales y prácticas del turismo.

Entre sus publicaciones: *Interfacce costiere* (Kappa, Roma, 2006). *Strategie e pratiche del progetto urbanistico* (Franco Angeli, Milano, 2008). *La città dopo la crisi* (List, Barcelona, 2010) y *La ricostruzione del Crystal Palace. Per un ripensamento del progetto urbano* (Quodlibet, Macerata, 2010).

E-mail:antonio@dcfstudio.191.it

Recepción: 25 de mayo de 2011

Aceptación: 10 de junio de 2011